

Pesimismo y neopopulismo

Fernando Gil Villa
gilvi@usal.es

La mayoría de la gente sabe hacer un huevo frito, pero no por ello se consideran cocineros. De igual forma, venía a decir Gramsci, todos somos intelectuales, aunque esa no sea nuestra función social (1966: 6). Un siglo después, esa reflexión parece aún más oportuna en nuestro tiempo, al haberse invertido en un siglo las proporciones entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. Al mismo tiempo, ha aumentado el nivel de estudios de la población general en todo el mundo, así como también el nivel de información recibida cotidianamente por parte de los medios de comunicación clásicos y tecnológicos sobre todas las dimensiones de la vida humana.

Que más personas reflexionen sobre las cosas que nos rodean y tengan su particular explicación de cómo funciona la sociedad en la que viven, parece en principio un hecho positivo, al menos a juzgar por la herencia ilustrada que marca la senda de la modernidad. Supuestamente, inyectaría más racionalidad en la acción, lo que haría posible el progreso hacia un futuro modelado con arreglo a los principios democráticos. Pero toda cultura viva, toda civilización, debe encarar sus miedos. Miedo entendido, como «hábito que se tiene, en un grupo humano, de temer a tal o a cual amenaza –real o imaginaria–» (Delemeau, 1989: 30). En trabajos clásicos como *El miedo en Occidente*, de Jean Delemeau, se ha podido mostrar cómo, en los siglos pasados, Europa canalizaba sus miedos al hambre, la guerra o las epidemias en algunos grupos sociales convirtiéndolos en chivos expiatorios. Musulmanes, judíos o mujeres, eran considerados «agentes de Satán» perseguidos a través de normas jurídicas. En la actual fase de la modernidad, la civilización occidental parece haber logrado el objetivo de toda civilización, el de acabar con aquellos grandes problemas que diezaban las poblaciones, de forma que tal que le permite soñar con la inmortalidad (Harari, 2017). Sin embargo, el miedo y la angustia, debidos a la inseguridad que genera el clima de pesimismo como ambiente generado por una mezcla de factores conocidos y desconocidos, concretos y vagos, sigue presente. Y siendo así, siguen funcionando los mismos mecanismos de exculpación y proyección en grupos que hoy llamamos vulnerables, a través de legislaciones que los criminalizan y de

la construcción de opiniones públicamente compartidas negativas que pueden alimentar el odio y en todo caso dificultar la convivencia.

El trabajo de Delemeau se inscribe en la llamada Historia de las mentalidades, que puede conectarse con las corrientes sociológicas interaccionistas que valoran la subjetividad en la construcción social de la realidad, las cuales proporcionan el marco teórico de este trabajo. El que nos propongamos reflexionar aquí sobre cómo damos forma a nuestros fantasmas colectivos nos coloca en el teorema de Thomas como punto de partida: *If men define situations as real, they are real in their consequences* (1928: 572). Se trata de una idea gestada en el contexto del Departamento de la Universidad de Chicago en la segunda década del siglo XX.¹ La personalidad se construye socialmente. La estructura no impide la acción social y la continua redefinición de los papeles en procesos de negociación situacionales. Este presupuesto teórico recibirá unos años más tarde el desarrollo de R. K. Merton, y conectará con la tradición de la sociología fenomenológica, a través de Alfred Schutz, con enfoques posteriores –a partir de 1960– más elaborados, como el etnometodológico de H. Garfinkel, o el etnográfico de E. Goffman. También la denominada sociología clínica, especialmente productiva y desarrollada internacionalmente en las dos últimas décadas, recoge el testigo de la construcción social de la realidad y la importancia de la subjetividad y de la biografía personal para comprender la historia de los problemas sociales, citando entre sus fuentes epistemológicas a autores como Simmel o Bauman, que utilizaremos para nuestra reflexión sobre pesimismo (Gaulejac e Izaguirre, 2018).

PESIMISMO Y MODERNIDAD

Si en un taller de dibujo nos pidiesen que pintásemos a un filósofo, es posible que lo representáramos en actitud meditabunda, con un gesto serio y hasta atribulado. George Steiner observaba, tomando como ejemplo a Schelling, que al pensamiento le es consustancial el pesimismo y la melancolía (Núñez Florencio, 2010: 46). Podemos intuir la razón de fondo. Si al final del día reparamos en todo lo que hicimos, seguramente llegaremos a la conclusión de que muchas cosas podríamos haberlas hecho mejor. En la medida en que la acción racional se guíe por el método de ensayo y error, nos haremos perfeccionistas, lo que quiere decir que siempre pesará sobre nosotros cierta nube de frustración.

Esta razón, aplicable por definición al animal racional, aumenta o disminuye en función de los valores culturales de cada época. En la nuestra, la competencia por el éxito propia del sistema capitalista, con sus raíces puritanas o sin ellas, el grado de frustración debe suponerse como una constante. Cada uno se con-

1. Para un esbozo de ese ambiente intelectual véase ZARCO (2006).

vierte en empresario de sí mismo (Aubert y De Gaulejac, 1993). La obsesión por quemar metas se generaliza a todos los aspectos de la vida. La excelencia y el eficientismo tienen un alto coste en el bienestar individual. Prueba de ello es el funcionamiento del sistema educativo. Los sociólogos de la educación han observado cómo el académico es uno de los trabajos más competitivos, debido a la homogeneidad de los alumnos, a la naturaleza ostentosamente pública de los resultados, o a la desproporción entre castigos y recompensas, a favor de los primeros (Bidwell y Friedkin, 1988: 464).

Si a ello sumamos que el aprendizaje no utiliza normalmente pedagogías de tipo lúdico, no es de extrañar que, en los espacios no formales de los centros educativos, como los patios y las escaleras de acceso, el acoso escolar aparezca como una forma siniestra de buscar la diversión a costa de los iguales. Puesto que el principal rasgo de estatus es ser divertido, animado y gracioso, el principal material de las conversaciones en las que se teje el acoso escolar son las críticas, bromas y chismes, con las que se ridiculizan a algunos compañeros (Collins, 2008: 163).

Además de un sistema educativo dirigido al éxito individual a través de la competencia, deberíamos tener en cuenta otros factores de la evolución social y cultural que se suman a la constante filosófica y que podrían impulsar el pesimismo.

El inacabable abandono del mundo rural no deriva solo en un deterioro ecológico sino en nostalgia cultural. Todavía en la actualidad muchas familias están deseando que llegue el fin de semana para irse al pueblo de sus padres o abuelos. Se lamentaba Heidegger, en su opúsculo *Gelansenhheit*, de nuestra falta de arraigo, suponiendo que tuviera razón el poeta por él citado para quien el ser humano se compone de raíces plantadas en la tierra y brazos extendidas hacia el éter –el aire puro, la atmósfera que representa la libertad– (2002). Razonando con ironía, el pensador alemán señalaba cómo la radio y las revistas «ilustradas» sacan a la gente de su mundo real y lo enajenan. Ahora bien, la revolución tecnológica posterior ha multiplicado este efecto en extensión y en profundidad. Los nuevos productos audiovisuales, por ejemplo, han aumentado su realismo y tempo, a tal punto que comienzan a tener efectos negativos en el cerebro de sus receptores. El uso intensivo de las TIC podría aumentar el nivel de pesimismo. Así, en un estudio llevado a cabo con medio millón de adolescentes estadounidenses –de 12 a 18 años– durante cinco años –de 2010 a 2015–, se observa que, quienes usan su *smartphone* durante tres horas o más al día, tendrían un 30 por ciento más de probabilidades que el resto de tener síntomas depresivos, así como de no encontrar sentido a la vida y pensar en el suicidio. Este porcentaje ascendería al 50 por ciento en el caso de un uso que supere las cinco horas (Twenge *et al.*, 2018).

En alguno de sus artículos sobre el pesimismo, Simmel alude al «placer de destruir» propio de los humanos (Simmel, 2017: 22). Es más fácil detectar los fallos de las acciones y obras de los demás que sus virtudes. Para esto último ha-

bría que invertir más tiempo en la valoración. En un minuto puede uno destruir lo que otros han tardado en construir mucho tiempo. Aún se podría añadir aquí que, haciendo una analogía con la física, la probabilidad de que la pieza rota se reconstruya es muy pequeña, con lo cual el daño provocado es más dramático. Cualquier observador de tribunales académicos, en España y en otros países, podría sacar la impresión de que el trabajo de investigación pudiera ser reprobado a juzgar por los comentarios de sus miembros. Y, no obstante, la crítica acerca no se corresponde en la mayor parte de los casos con la positiva calificación que se logra normalmente. Este caso ejemplificaría la prueba pesimista del placer de destruir –que habita cerca de la crueldad según Simmel–, en el ámbito de aquellos que ejercen la función social intelectual. Pero también podríamos observarla en el resto de las personas, a las que hoy, más que nunca, se les puede también tildar de intelectuales, cuando publican comentarios sobre las acciones de otros en las redes sociales. En muchas ocasiones, amparándose en el anonimato, tales opiniones son negativas, incluso pueden ser consideradas por los afectados como ofensivas, de ahí que las querellas por difamación en este campo virtual se multipliquen. De hecho, en la reforma del Código Penal de 2015, se despenaliza el simple insulto, debido, al parecer, al abuso que se habría dado de esta figura.

No se trata solo de que la idea de Simmel pueda probarse con más razón en la era de una ciudadanía intelectual global. La complejidad podría alimentar el miedo y la angustia y así potenciar el comportamiento poco compasivo. (Los diferentes ámbitos de la vida social se relacionan más estrechamente que nunca. Nuestro puesto de trabajo puede depender de una crisis política en el otro extremo del mundo. La división social de trabajo alcanza límites insospechados, haciendo más complicado el equilibrio entre muchas actividades especializadas, con el consiguiente riesgo de anomia ante un posible fallo de coordinación).

Los ciudadanos son conscientes de los círculos concéntricos de poder administrativo que los gobiernan a diferentes niveles territoriales. Se sienten abrumados ante el gran número de normas que emanan de ellas constantemente con sus posibles interferencias. Al tiempo, se ven bombardeados por un cúmulo de informaciones diarias nuevas sobre los fenómenos y cosas que los rodean, pero también sobre otros que acontecen o habitan en las antípodas. Por último, deben reciclarse en el uso de nuevos aparatos tecnológicos y de las aplicaciones que generan frecuentemente. La sensación subjetiva de que la vida se hace más complicada y exigente puede acarrear la reacción lógica de limpieza, ruptura, destrucción o abandono de una parte o de todo el mundo en el que se desarrolla. Si por definición, vulnerable es quien puede ser herido física o moralmente, el incremento de la vulnerabilidad por término medio aumenta la probabilidad de actuar a la desesperada, hiriendo antes de ser herido, destruyendo antes de ser destruido.

Esta dinámica perversa de las redes sociales conecta con explicaciones clásicas, nunca del todo rebatidas, sobre los instintos destructivos o perversos del ser

humano –provenientes de la biología o de intelectuales influyentes que en diferentes épocas pertenecieron a diferentes ámbitos, como Lutero, Freud o Fromm o Poe.

Las nuevas tecnologías de la comunicación favorecen esta reacción, y no solo por el anonimato o la posibilidad de multiplicar y enmascarar la identidad. Hay que destacar también en este aspecto el aumento de la competencia por las audiencias, debido a la generación de canales privados que permite la red, así como también a la aceptación de la posverdad –colofón de la subjetividad moderna–, con la eliminación que supone de filtros clásicos de la información, al menos en un primer momento. El resultado es un bucle donde se retroalimenta el rumor y las noticias sobre sucesos, si no siniestros, al menos inquietantes –récords de pequeñas o grandes catástrofes como inundaciones o sequías–, las cuales proyectan vagamente sobre el imaginario colectivo el mito del fin del mundo, al menos desde el punto de vista del equilibrio general del planeta y de su gestión política. De ahí la moda de las tecnologías de supervivencia.

Este panorama explicaría la atención creciente que suscita entre algunos filósofos el concepto de *compasión*, que no debería confundirse con el espectáculo de la lástima (Riechmann, 2015: 72). El llamado a una justicia compasiva cobra especial importancia en una época caracterizada como neoliberal. Tomando como referencia a Heidegger, el cuidado existencial debe contemplar a los otros, que también son seres mortales, al tiempo que las bases racional y emocional de la justicia y la compasión, respectivamente, deberían complementarse (Bilbeny, 2015). Algo especialmente evidente en una cultura con una fuerte impronta de la subjetividad.

Para que este debate se entienda mejor, o se justifique, debemos asumir que, en efecto, estamos situados en un contexto sociohistórico especial que podría calificarse de neoliberal. Para aclararlo, hay que considerar que el uso manido de este término no le resta sustancia como concepto en la sociología política. Se trata de un programa intelectual y político que explica buena parte del panorama social contemporáneo desde 1980. Pese a las diferencias locales en las que se aplica, mantiene un corpus ideológico compartido, consistente, básicamente, en la defensa a ultranza del mercado –usando el aparato del Estado para ello, a diferencia del liberalismo clásico– como único mecanismo económico y moral que puede lograr, a través de la competencia, el bienestar, y en la desconfianza en todo lo público (Escalante, 2015). Así, el prefijo *neo*, en la medida en que describe una realidad histórica bien determinada, aludiría a una radicalización de la ideología liberal, limándola de los contrapesos que los liberales de los dos siglos pasados le otorgaban con el criterio del sentido común, y que tenía por objeto equilibrar la acción egoísta del ser humano con la solidaridad. El polo de la igualdad sale malparado en su relación con el polo de la libertad, estirando la cuerda hasta provocar desenlaces traumáticos colectivos como la Gran Recensión de 2008. A finales de los ochenta, Bauman publicó un ensayo titulado *Libertad*,

en el que ofrece pistas para explicarnos el éxito de esta ideología. El capitalismo sufriría un proceso de reacomodación para fortalecerse, al transitar de la fase de la producción a la del consumo. Se produciría un nuevo orden de cosas en el que la energía gastada en la rivalidad material que engendra la competencia eliminadora del trabajo se trasladaría al terreno de la rivalidad simbólica del consumo (Bauman, 1992b: 99). De esta forma, la tensión social disminuiría, y la estructura del poder quedaría alejada, y por tanto con más posibilidades de reproducirse. Esto explicaría el aumento de la desigualdad en las décadas siguientes.

VULNERABILIDAD, INSEGURIDAD Y PESIMISMO

Acerquémonos ahora a ese escenario general neoliberal y poco compasivo para distinguir un poco mejor los diferentes mecanismos que lo conforman y que incidirían en percepción negativa de la vida social que conduce al pesimismo.

Como el cambio social se acelera en un contexto complejo, las consecuencias no procuradas aumentan, de ahí que se pueda usar la expresión «daños colaterales» de forma metafórica (Bauman, 2011). En realidad, este concepto se entiende mejor si lo relacionamos con su explicación del capitalismo de consumo que acabamos de referir al final de apartado anterior. Podemos pensar que quienes perdieron su casa en una inundación tuvieron mala suerte, pero en realidad, las probabilidades de que eso ocurra difieren según la posición social. La ideología relacionada con el capitalismo de consumo y el neoliberalismo, en la medida en que opera desconectada de esquemas de identidad como la lucha y conciencia de clases de siglos pasados, aumenta la sensación de que el destino social es aleatorio, que depende de fuerzas que escapan a nuestro control. Eso no solo supone una disminución del uso de la capacidad crítica, en términos de filosofía de la sospecha, del ciudadano medio, sino que, al mismo tiempo, aumenta su percepción de vulnerabilidad.

Por otro lado, la tendencia moderna de la secularización avanza hasta tal punto que las tradiciones se despojan de su contenido y son rentabilizadas política o comercialmente (Giddens, 2000: 57). No obstante, la vivencia folclórica de los ritos de paso y de las tradiciones no logra dar a la vida un sentido tan pleno y tan constante. Sucede algo parecido a la participación en ciertas manifestaciones públicas o firmas de manifiestos. ¿Quién no ha sido solidario en ese sentido al menos una vez?, se preguntaba Bauman. Sin embargo, en la mayor parte de los casos, esa energía se desvanece en el aire, no cuaja en trabajos institucionalizados que aseguren las lealtades para una canalización efectiva de las demandas. Además, en muchos casos, las manifestaciones son *contra* algo, más que *por* algo (Bauman, 1994: 28).

Es así como Giddens llega a describir el escenario moderno como un «mundo desbocado» (2000). Otros observan a las clases medias subidas en una «montaña

rusa». En efecto, según datos del Banco Mundial, entre 1995 y 2009 las clases medias latinoamericanas menos vulnerables subirían del 20 por ciento al casi 30 por ciento (Paramio y Güemes, 2016: 69). Pero a esta fase de expansión sucedería otra de signo opuesto a partir de 2013 –cuando suben los indicadores de desigualdad más fuertemente que en ninguna otra región, un 38 por ciento entre 2013 y 2014–, con una nueva caída, debido, en buena parte, a cierta «reprimarización», es decir, a no haber aprovechado la coyuntura de bonanza económica previa para reformar la estructura económica y no seguir dependiendo de la exportación de materias primas. Estos vaivenes no son exclusivos de Iberoamérica. Los ciclos también se pueden ver en Asia, Estados Unidos o Europa. En España, por ejemplo, al ciclo de monopolarización positiva, de 1993 a 2007, en el cual el 12 por ciento de pobres pasaron a formar parte de las clases medias y el 12 por ciento de estas pasaron a ricos (12 %), sucede otro de monopolarización negativa, en el que, entre 2007 y 2009, habría un trasvase de ricos a clases medias del 4 por ciento, y otro del 6 por ciento de estas a pobres (Carabaña, 2016: 96).

La volatilidad de las posiciones medias genera lógicamente inseguridad y temor en buena parte de la población que nunca se vio tan vulnerable. No se tiene miedo solo a caer en la pobreza sino también a caer en un estrato inferior, dado que las clases medias, a medida que se expanden, se convierten en una categoría cada vez más heterogénea. Las estrategias de distinción social se desarrollan también contra quienes son vistos como arribistas, «nuevos ricos». La inseguridad que genera la vulnerabilidad en aumento, como rasgo de la cultura global de las nuevas clases medias, alimenta la corriente sociopsicológica del pesimismo y hace que las dificultades que plantea la vida social en la actualidad se perciban de forma exagerada.

Simmel señalaba cómo las doctrinas se difunden, no tanto por su verosimilitud, cuanto por su conexión con los instintos prácticos y los sentimientos (2017: 16-17). Al señalar la importancia de la disposición psicológica colectiva, este autor nos da pistas para interpretar la evolución que ha sufrido la sociedad moderna en los más de cien años que han pasado desde que anotó sus reflexiones.

Puede resultar útil poner un ejemplo. Cuando Simmel y Heidegger escribían, la mayor parte de la población alemana, española o estadounidense, se ocupaba en el campo. Muchos de nuestros abuelos interpretaban y vivían «el tiempo» de una forma muy diferente a la nuestra. Como urbanitas, observamos la aplicación meteorológica en el móvil para saber la probabilidad de lluvia en las próximas horas, o la «sensación térmica» del instante. Esta última expresión denota la parte subjetiva de nuestra relación con la naturaleza, y la coloca en unas coordenadas espaciotemporales casi opuestas a las de nuestros antepasados. Nuestra sensibilidad y nuestra conciencia del tiempo se exacerban, y nos hacen más vulnerables y temerosos.

Algunos de los intelectuales con más proyección en la opinión pública captan las señales y las amplifican con análisis de la realidad social que se centran especialmente en las partes problemáticas más llamativas. De manera que no

es extraño encontrar títulos provocativos de textos y conferencias que sugieren el final de épocas, instituciones o modos de organización a los que estábamos acostumbrados. En el caso de líderes religiosos con proyección mediática, la razón es fácil de entender, puesto que la lógica de la exageración forma parte del sistema de creencias (*Velad, pues no sabéis el día ni la hora*). Ahora bien, en el caso de los académicos, cabe la duda de si tales planteamientos pretenden sacudir la conciencia cívica o llamar la atención para sumar lectores, con lo que eso puede suponer de beneficios comerciales y honoríficos.

El número de mayo y junio de 2018 de la revista *Foreign Affairs* estampa en su portada una pregunta inquietante: *Is Democracy Dying?* En su interior, encontramos un artículo de Ronald Inglehart que sintoniza con la misma: *The Age of Insecurity. Can Democracy Save Itself?* Hace algunas décadas, este politólogo se hizo famoso defendiendo la tesis del posmaterialismo entre los jóvenes europeos tras la posguerra (1992). Apoyándose en eurobarómetros, los encuestados parecían primar aspectos como la libertad de expresión, la belleza de las ciudades o tender a una sociedad donde los ideales son más importantes que el dinero, antes que otros como la lucha contra la inflación o la preocupación por la seguridad. Esto los distinguiría de la generación de sus padres cuyas preocupaciones de orden más materialista estarían justificadas por los tiempos de reconstrucción que les había tocado vivir tras la última guerra mundial. Sin embargo, la Gran Recesión que tendría lugar en este siglo y los atentados terroristas, podrían haber invertido de nuevo el camino de las necesidades expresadas, al menos en parte, si utilizamos esa misma explicación. De hecho, el propio Inglehart subraya ahora los graves peligros que podrían deducirse de la crisis de los refugiados y su respuesta por parte de los neopopulismos. No obstante, más allá de los ciclos económicos y delictivos, la inseguridad forma parte de la lógica misma de la modernidad a la que aludía Marx con la frase «Todo lo sólido se desvanece en el aire», popularizada por Marshall Berman en su libro del mismo título de los años ochenta y desarrollada luego por Bauman con una ligera modificación de la metáfora, al sustituir el estado gaseoso por el líquido (2013). En efecto, la «sociedad líquida» supone un debilitamiento de las estructuras sociales, de las instituciones y de los roles y, por ende, de la identidad, que ahora se hace más compleja y mutable.

La inseguridad no se debe solo a causas políticas y económicas sino también a razones culturales. Los sociólogos se esfuerzan desde hace años, codo a codo con historiadores, psicólogos, filósofos e investigadores provenientes de otras disciplinas, en averiguar cómo se conectan las diferentes dimensiones de la inseguridad en la vida cotidiana de las personas, algo que se deduce de la creciente complejidad global ya mencionada (Gil Villa, 2016: 47). Las trayectorias individuales son cada vez menos previsibles, desde una perspectiva laboral, afectiva o residencial. Es difícil pronosticar si se va a mantener por mucho tiempo el puesto de trabajo, la pareja, la residencia, los amigos o el coche. La sustitución de los bienes, más allá del debate sobre su obsolescencia, viene marcada por una pauta

de consumo que deja huellas de ansiedad precisamente por lo que supone de falta de anclajes. El tiempo de convivencia entre miembros de varias generaciones disminuye, pero también el tipo de experiencias compartidas, esas mismas que hasta hace no mucho se basaban en la conversación, el humor, la canción, la lectura colectiva y el relato. Las nuevas epidemias, como el cáncer, afectan cada vez a más personas, sin que ello se deba solo a la extensión de los diagnósticos y la prevención y la longevidad, sino también al estilo de vida. Una buena parte de los cánceres son de causa desconocida, lo que aumenta la sensación de vulnerabilidad y por consiguiente de inseguridad. La propia obsesión por el consumo, unida a la indefensión en la red como consecuencia del uso de datos privados, y al uso extensivo de vigilancias electrónicas, aumentan la sensación de fragilidad hasta el punto de que los legisladores se esfuerzan, desde finales del siglo pasado –aunque en países como España hay que esperar hasta 2015–, por darle forma a las conductas de persecución obsesiva (*Obsessional following*). De ahí la figura del acoso (*Stalking*), con sus múltiples derivaciones –escolar (*bullying*), laboral (*mobbing*)–, sexual (*Grooming*) o inmobiliario (*blockbusting*).

De hecho, la parte delictiva de la inseguridad llega a percibirse por algunas poblaciones, como el principal problema, por encima incluso del desempleo o la pobreza. Cada vez un mayor número de empresas e instituciones, del sector público y privado, configuran un tercer sector con expertos en riesgos, planeamiento urbanístico, *coaches*, criminólogos, expertos informáticos, agentes de seguridad, entrenadores en técnicas de defensa, etcétera, que rebasan con mucho el ámbito de los típicos aparatos de control social –policial, judicial y penal– (Garland, 2005: 279). Desde la criminología denominada crítica o radical se ha llegado a sostener que el paradigma del estado de bienestar ha sido sustituido por el del estado penalógico (Wacquant, 2001). Con esta expresión se hace referencia a la tendencia al aumento de conductas sancionadas y de personas envueltas en causas judiciales o privadas de libertad. Así, a finales de 2015, la undécima edición del *World Prison Population List* arrojaba una cifra de 10,35 millones de personas privadas de libertad. Desde el año 2000, la población mundial creció un 18 por ciento, mientras que la población encarcelada lo hizo en un 20 por ciento. Entre los primeros puestos de la lista figuran algunos gigantes americanos, como Estados Unidos, Brasil y México. Si consideramos la proporción de presos por número de habitantes, habría que sumar a Cuba y El Salvador. La tasa media de prisioneros por 100.000 habitantes era de 242,347 para la región caribeña, muy por encima de los 84 de Europa occidental, pero esto no significa que la tendencia en países como España no sea la misma. Si en 1975 había 23 presos por cada 100.000 habitantes, en 2010 el número se había elevado a 165 presos. Desde 1995 se ha modificado el Código Penal en España en veinticinco ocasiones.

Ahora bien, aunque los registros sobre la población mundial encarcelada aumentan, en algunos casos –como en España– sin mostrar correspondencia con el aumento de delitos, o con el crecimiento de la población, los apoyos empíricos

no son menores que los de teorías de signo aparentemente opuesto, como la de la pacificación. Multitud de datos –como víctimas directas e indirectas de guerras, grupos perseguidos en conflictos dentro de los estados, tasas de homicidios, o terrorismo– apoyan la tesis de Norberto Elias en las últimas décadas (1993). Esto ha llevado a Steven Pinker, uno de los autores que más se ha esforzado en la comprobación empírica de esta tendencia, a hablar de «Nueva paz» (2012).

Entre los argumentos que apoyarían esta idea, figuraría el descenso de muertes anuales en combate, que habrían disminuido en más de un 90 por ciento, desde medio millón al año a finales de 1940, a alrededor de treinta mil en el año 2000. También habría caído el número de muertes indirectas de civiles debidas al hambre, enfermedades y otros desórdenes que conllevan los conflictos armados, el número de víctimas de las guerras civiles –que alcanzan su cuota máxima en 1991 para descender en las décadas siguientes–, el de conflictos no estatales –de los que solo hay estadísticas desde 2002– y el de actos de terrorismo. En este último caso, habría que recordar que la mayor parte de estos no se producen en países occidentales, mezclándose en ocasiones con otros tipos de conflictos de violencia intercomunitaria religiosa y política. A ello hay que sumar la dificultad para establecer series históricas de comparación relativamente largas, debido a que los registros estadísticos comienzan en el último siglo, y la manipulación política de las cifras. De cualquier forma, el número de víctimas sería insignificante en comparación con homicidios, genocidios o guerra: menos de cuatrocientos muertos al año desde 1968 por terrorismo internacional y unos dos mil quinientos desde 1998 por terrorismo nacional (Pinker, 2012: 456). Los estudios específicos demuestran que la mayor parte de los terroristas individuales son personas con problemas mentales y que los colectivos se extinguen sin haber logrado sus objetivos. En realidad, el terrorismo nos preocupa más porque nos ocupa menos, es decir, porque hemos logrado llegar a un ambiente social mucho más seguro que en el pasado y, por tanto, mucho más sensible a actos de violencia política que, hasta hace poco, eran considerados normales, al igual que sucedía con los conflictos interestatales (Pinker, 2018: 248).

Pinker sugiere tres factores kantianos que podrían explicar la «paz» actual y que aparentemente explican también la evolución descendente de los genocidios. El primero, de corte político, haría referencia al aumento de países que se rigen por sistemas democráticos. El segundo factor sería el económico. La aceptación del liberalismo económico, la apertura al capital extranjero y a las relaciones comerciales también con medios electrónicos, propiciaría relaciones de dependencia en los negocios que desaconsejarían el conflicto. Por último, el factor internacional, encarnado en la presión y aislamiento de algunos países por parte de grandes potencias y organismos internacionales, penalizando, avergonzando y en algunos casos invadiéndolos.

Algunos autores han observado que el trabajo de Pinker fue publicado en 2011, justo antes de los acontecimientos internacionales que se desatan al hilo de

la Primavera Árabe y la guerra civil de Siria (Knüsel y Glencross, 2017). En cierto modo podría ser un contrasentido hablar de civilización y de paz, nueva o larga (*Long Peace*), teniendo en mente el aumento de desplazados y refugiados, por un lado, y, por otro, el aumento de muertes de ciudadanos sospechosos a manos de la policía o fuerzas armadas en céntricos lugares de ocio y turismo, museos, playas, situados en grandes ciudades de los países más ricos.

Ahora bien, el que las series estadísticas largas de pacificación no garanticen una crisis inesperada de aumento de la violencia no invalida necesariamente la teoría general, al igual que cualquier crisis económica o catástrofe no previstas no invalidan los modelos que permiten comprender la evolución de los fenómenos a través de etapas. Los indicadores de violencia deben ser vigilados atentamente por los analistas sociales para ir aportando nuevos elementos al debate sobre las nuevas tendencias. En relación con la violencia que supone el desplazamiento forzoso, la valoración de su evolución puede estar dificultada por la ausencia de fuentes estadísticas fiables en el pasado reciente. No obstante, una comparación general tendría que tener en cuenta el número de conflictos bélicos y las matanzas de minorías étnicas o políticas que provocan el desplazamiento, su grado de internacionalización, su duración en el tiempo y el número de víctimas que provocó. La Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) calculó para 2016 la cifra de 65 millones desplazados forzosos en el mundo, que consideró como récord histórico. Cabe preguntarse qué connota esa calificación. Podrían igualmente enunciarse varios récords históricos en indicadores de pacificación, como vidas salvadas por la atención médica de víctimas de diferentes tipos de violencias, o sin ir más lejos, el número de pobladores del planeta. El aumento del número de desplazados y refugiados debería relacionarse, como mínimo, con el aumento de la población mundial. De esa forma, y tomando las cifras con la provisionalidad que merecen, en 1949 había alrededor de 2.400 millones, mientras que en 2016 se llegaba a la cifra récord de 7.400. Por su parte, el número de desplazados forzosos total, en 1949, giraba alrededor de los 15 millones de personas, frente a los 65 millones de 2016. Esto significa que la proporción de desplazados podría ser ciertamente superior en relación con el final de la Segunda Guerra Mundial, pero el impacto psicológico de ese aumento es menor que si nos limitamos a observar que se ha cuadruplicado la cifra absoluta –dado que la población se ha triplicado.

Si alguien quisiera hacer una lectura pesimista de la evolución de la violencia, podría, primero, exponer únicamente las cifras absolutas, y segundo, aun considerando la proporción, podría insistir en la diferencia negativa. Por el contrario, si alguien quisiera hacer una lectura más optimista de la misma evolución, podría añadir, a la menor diferencia proporcional, argumentos que posiblemente deberían tenerse en cuenta en la comparación para que fuera más relevante. En este caso, en la actualidad se da un conjunto de factores que favorecen el desplazamiento, tales como la existencia de redes mafiosas, más organizadas y numero-

sas, la mayor infraestructura de rutas disponibles, la influencia de las tecnologías de la información y comunicación a la hora tanto de informar de las opciones de posibles desplazamientos y de su organización, la intervención de organizaciones no gubernamentales de ayuda, así como de normas y canales de absorción por parte de los países receptores que, con todas las limitaciones de que hacen gala, facilitan el acceso de muchas más personas que en el pasado.

En cuanto a la represión policial que se da en los países supuestamente tomados como ejemplos de civilización y democracia, de nuevo habría que ajustar el mecanismo de observación para centrar la comparación con la represión hace treinta o cincuenta años. Probablemente, la comparación sea injustificada desde el punto de vista de los indicadores usados en las evaluaciones internacionales del estado de derecho. En todo caso, podemos tomar como referencia el tema que nos ocupa, el acoso, para hacer una breve y sencilla observación. La violencia policial, judicial o en general punitiva, desde el punto de vista de la legislación, depende de lo que se considere socialmente violencia en un momento dado. Es evidente que hoy consideramos como violentos comportamientos que en otro tiempo no se consideraban como tales. Esto sesga el debate al crear un efecto óptico de aumento constante de la violencia en general. Cuantos más tipos legales llenen los ordenamientos jurídicos sancionadores, más víctimas de delitos violentos saldrán a la luz, pese a la cifra negra –la gran proporción de casos no denunciados.

En el debate general sobre la evolución de la violencia, la respuesta de Steven Pinker a algunas de las críticas de su libro, publicado en 2015, comienza, significativamente, afirmando que sus argumentos no son ideológicos sino empíricos. En segundo lugar, cabe destacar la complejidad en la exposición del tema, negando por ejemplo una lectura lineal de la pacificación y asumiendo la importancia de todo tipo de factores, incluyendo los biológicos, si bien estos no constituyen la pieza fundamental –más bien al contrario–. Aunque se da cierto consenso entre los historiadores del crimen acerca de una tendencia a la disminución de la violencia a largo plazo, dentro de esta se observan ciclos alcistas, como el que tiene lugar en las islas británicas y otros países en las últimas décadas del siglo pasado. El aumento de los robos, conflictos entre bandas, y homicidios, entre jóvenes vulnerables, y en lugares públicos, sigue siendo objeto de controversia. Tampoco se ignoran factores como la extensión del consumo de drogas –más allá de las que formaban parte del ritual del de las culturas juveniles asociadas a estilos musicales de los años setenta–, el aumento de la presión consumista y de importancia de lo material, la aparición en el centro de las ciudades de escenarios económicos nocturnos, o la potenciación del mercado negro como consecuencia indirecta del aumento de los robos.

En todo caso, parece que las interpretaciones de signo pesimista cuentan con más adeptos que las de signo contrario, aunque estas sean solo moderadamente optimistas, como la de Pinker. De ahí que algunos criminólogos observen que

el proceso de civilización de los últimos siglos contrasta, en la actualidad, con el aumento de la percepción de la inseguridad (Maguire y McVie, 2017: 185).

Es posible que este hecho se deba a nuestra tendencia inconsciente, que provendría del miedo instintivo, a filtrar los datos sobre violencia o desgracias que asolan el mundo, lo que nos haría prestar atención solo a los negativos. Esta es la tesis que desarrolla Hans Rosling para explicar la pandémica visión trágica del mundo que hoy impera: «Todo grupo de personas a las que pregunto, piensa que el mundo es más amenazador, violento y sin remedio de lo que en realidad es» (2018: 41). De 12.000 encuestados de catorce países, ninguno acertó las doce preguntas generales y solo uno acertó once, con un promedio de dos. Incluso las personas con más nivel de formación, gestores y expertos de políticas sociales de todo el mundo, yerran en porcentajes desmesurados a la hora de contestar a preguntas sobre tendencias recientes de la pobreza extrema, la vacunación infantil, las especies animales en extinción, la proporción de niñas que acaban la educación primaria, la esperanza de vida o la región del planeta donde más gente vive según el nivel de ingresos medio. La inmensa mayoría elige las respuestas menos optimistas y por ello se equivoca.

Podríamos pensar que la capacidad de contagiar el pesimismo de los intelectuales más influyentes ha disminuido a medida que perdían poder. De hecho, uno de los rasgos de la modernidad tardía, observaba Bauman, sería precisamente la pérdida de trascendencia de los creadores de opinión, de la autoridad del intelectual para ser escuchado y seguido en sus recomendaciones éticas, algo compatible con la crisis de las utopías y las lecturas lineales de la historia (Bauman, 1992a).

Pero el que los intelectuales que ejercen como tales pierdan influencia no sería un consuelo si tenemos en cuenta, como se señaló al principio, que más que nunca, hoy todos podemos considerarnos en alguna medida intelectuales –algo que propicia la cultura de los TIC– y que la inmensa mayoría creemos que los datos indican que el mundo va de mal en peor. En ese caso, incluso, la razón para el optimismo sería todavía menor, dado que el autocontrol que ejerce el ciudadano medio sobre sus opiniones es menor que el que ejerce el intelectual tradicional, en cuya formación ha debido de ejercitarlo de alguna manera.

NEOPOPULISMOS NACIONALISTAS Y PESIMISMO

El hecho de que la inseguridad no se pueda reducir a su variable política no significa, no obstante, que esta dimensión no sea especialmente relevante y merezca un comentario detenido. Después de todo, una ciudadanía satisfecha con la gestión pública tendrá menos motivos para el pesimismo. No es el caso, sin embargo. La desafección política ha aumentado de modo espectacular en buena parte de los países desarrollados y en desarrollo. La corrupción es contemplada

como el cáncer de las democracias en la actualidad –con el consiguiente efecto perverso, estigmatizador, para los afectados de esta enfermedad, dado el eco catastrofista del mensaje–. En las encuestas, es percibido por las ciudadanías como uno de los principales problemas sociales, a la par que la inseguridad. De hecho, la corrupción aumenta la sensación de vulnerabilidad.

El clima de corrupción y una inseguridad cronificada aumenta una desafección política que en el capitalismo de consumo podía entenderse como estructural. Así lo interpretaba Bauman en su ensayo *Libertad*. El Estado no necesita intervenir activamente para lograr la integración de los ciudadanos en el mercado. La política desaparece en la vida cotidiana cuando la legitimación deja de ser una tarea del Estado y ya no se necesita el recurso frecuente a la coerción (Bauman, 1992b: 131).

Pero, ¿qué podría estar aconteciendo en aquellas regiones o períodos en los que los gestores de la cosa pública se limitan a aplicar protocolos de actuación objetivos, ayudados por técnicos y por nuevas herramientas que funcionan con algoritmos artificiales? Que, en algunos casos, una buena parte de la población parece mostrar signos de cierto cansancio con respecto a la democracia. Lo que podemos considerar, con el tiempo, cierta estabilización o «normalización» del sistema político, conlleva su instalación en el terreno de lo profano. La tecnocracia parece llevar al hastío, como si se echara en falta el componente carismático de los líderes. Ante la falta de fuentes alternativas que sacien la necesidad identitaria, emocional y trascendental, de las relaciones de convivencia, se recurre al concepto de nación, que representa el polo comunitario del estado, frente al polo societal, de la pura gestión. El nacionalismo, base de los nuevos populismos políticos, es una fantasía colectiva que actuaría como escoba de todas las identidades vulnerables, un socorrido cajón de sastre al que se puede acudir para sacudirse el malestar. Su función social parece ser la de practicar a la sociedad el exorcismo del mal del pesimismo y la desilusión colectivos.

Así pues, ya venga el impulso de la desilusión de la eterna corruptela de los políticos, amplificada por un clima de inseguridad, o del hastío con la vida democrática asociada a la falta de revulsivos emocionales grupales, o de ambos lados, las clases medias vulnerables buscan una salida a través de la mitificación política, en un movimiento que bien puede arrastrar a toda la población. Los mitos revolucionarios del pasado reciente, como el socialismo real o el Mayo del 68, se agotaron. El nacionalismo populista parece ocupar el puesto, en tanto en cuanto no se construya algún sustituto honorable.

El sentido que damos al término *neopopulismo*, en el contexto de nuestra reflexión alude, en un trasfondo de crisis de la democracia, por falta de un funcionamiento de las dinámicas políticas integradoras de la ciudadanía, a aspectos como movilizaciones de masas no institucionalizadas, la presencia de expresiones ideológicas amorfas y emocionales, un fuerte liderazgo tendencialmente carismático, clientelismo, y una división maniquea de la sociedad

(Durán, 2007: 93). Los nacionalismos permiten canalizar este tipo de energía política, ya sea en su versión macro –como en el caso de los Estados Unidos o Rusia– o micro –como en el caso de Cataluña–, e independientemente del signo ideológico (Inneraty, 2015). Lo cual es lógico si pensamos que estamos más ante una «lógica de acción política» –que se consume prácticamente en actividad performativa– que ante una ideología propiamente dicha (Vallespín y Martínez, 2017: 143).

En todo caso, los nacionalismos se nutren de un conjunto de signos, símbolos, héroes y origen mítico. El núcleo de su constante reconstrucción ideológica es el de la leyenda del origen noble. En el caso catalán, por ejemplo, defiende la existencia histórica de un estado independiente que se podría comprobar en el pasado bajo expresiones como «Corona Catalano-aragonesa» o «Reinos de Cataluña», expresiones contundentemente desmentidas por los historiadores (Corral, 2014). Las reacciones desmitificadoras no pueden sorprendernos, al menos desde un punto de vista teórico. En sus comentarios sobre la genealogía de Nietzsche, Foucault ya venía a decir que buscar el origen es como cazar gamusinos, es decir, es tratar de encontrar «lo que ya existía» (1988: 17). El empeño en datar una *esencia* en la comunidad nacional cumple una función de segregación difícilmente asumible en el discurso oficial: «o estás con nosotros o contra nosotros». El maniqueísmo arraiga fácil en la opinión pública. Sirve para simplificar la vida, para aligerarla. Dividir las cosas, las personas y las acciones, en dos grupos, buenas y malas, es más sencillo que matizar y dividir las en una escala de diez o de cien. Una forma rápida de saber si alguien es «bueno» o «malo» es preguntar por su origen, saber si es «de los nuestros». Así se establece la confianza, cemento de las relaciones sociales. Encajan aquí las advertencias de Bauman sobre los riesgos de la comunidad. Al descansar la lealtad en criterios más emocionales que racionales, puede llevar a la gente a comportarse de forma violenta, como en el caso de los linchamientos, que parecen haber aumentado en los últimos tiempos en algunas regiones, como la iberoamericana. Estas prácticas ya no se circunscriben al ámbito rural de ciertas tradiciones justicieras, sino que parecen redefinirse en los escenarios urbanos del siglo XXI como parte de los fenómenos de protesta social ante la inoperancia del Estado para perseguir delitos que impiden la convivencia pacífica, como el robo o la violación (Rodríguez Guillén y Mora Heredia, 2006). En todo caso, se nos libera de la carga de la responsabilidad moral individual. Es la comunidad la que dice qué es bueno o malo, la que dicta la conducta moral (Bauman, 1994: 33).

Especialmente interesante es rastrear, en los conceptos de *neopopulismo* y de *nacionalismo*, el papel de los líderes y su mitificación. El contexto que nos permite justificar dicha relevancia es el de las teorías de la personalización de la política, las cuales han experimentado un impulso en las últimas décadas, al hilo de los debates sobre la redefinición o crisis de los partidos políticos modernos. De hecho, uno de los lugares donde mejor se observarían señales de debilitamiento

del sistema democrático sería en la redefinición del papel representativo de los partidos, cuya crisis, de acuerdo con algunos de los análisis más concienzudos, vendría dada, entre otras causas, por la falta de diferenciación ideológica entre estos, por la complejidad, burocratización y especialización de sus aparatos –lo que puede hacer que sus miembros pierdan contacto con los representados–, la aparición de otras formas de representación que cumplen con sus funciones tradicionales, y, algo fundamental, la creciente falta de participación política de la ciudadanía, supuestamente más volcada en la vida privada. De hecho, para autores como Peter Mair, la brecha entre gobernantes y gobernados habría favorecido el desafío populista (Vallespín y Rodríguez, 2017: 129).

En este contexto, el liderazgo cobraría relevancia fundamentalmente por dos motivos. Por un lado, el protagonismo de los medios de comunicación de masas, especialmente la televisión, y por otro el debilitamiento de la identificación del electorado con los partidos. Estos últimos conectaban tradicionalmente con una población dividida en esquemas conceptuales ideológicos relativamente simples –de ahí, por ejemplo, «el partido de los trabajadores»–. Pero llega un momento, a partir del último tercio del siglo XX, en que la sociedad se hace más compleja, en que conceptos como el *trabajo* abarcan situaciones tan amplias que se impide la inclusión de un gran número de personas en una categoría social coherente que sostiene una visión del mundo diferenciada. El electorado está formado ahora por individuos cuya identidad se centra más en lo que los hace diferentes que en lo que los hace similares. A ello contribuye no solo la mayor educación formal recibida sino también la especialización funcional de la política, la objetivación de la gestión de la cosa pública, que la convierte en un trabajo aparentemente técnico. Y es en este punto donde encaja cierta igualación de las diferencias programáticas partidistas, en su competencia por el electorado de clase media (Rico, 2009).

Los líderes de los actuales movimientos neopopulistas parecen interiorizar un papel mesiánico. En el caso de Rusia, observamos un presidente que, tras dieciocho años en el poder, es reelegido por más de un 75 por ciento de los votos, frente a un 11 por ciento de los obtenidos por el candidato comunista, algo que parece conectar con el proceso clásico de mitificación política. Tras el «hombre fuerte» –que podría ser una mujer–, subyace la figura del padre todopoderoso que protegerá al pueblo de todos los males y lo conducirá con mano férrea hacia un mundo mejor. Dentro del marco teórico del inventario de estilos de personalidad de Theodore Millon, algunos estudios caracterizan a Putin como dominante –en concreto: «expansionist hostile enforcer»–. Interesa resaltar que obtiene una puntuación manifiestamente elevada en la orientación ambiciosa, lo que incluye un temperamento, además de excesivamente seguro de sí mismo, frío y calculador, optimista (Immelmal y Trenzeluk, 2017: 15). Se complementa así con el polo pesimista y vulnerable de la población. Curiosamente, la personalidad de su enemigo número uno, al menos en el imaginario colectivo,

el presidente actual de los Estados Unidos, Donald Trump, presentaría rasgos de personalidad y liderazgo similares en algunos puntos con los de Putin, y por tanto igualmente complementarios, por oposición, a los de la clase media insegura de ese país: ambicioso (seguro de sí mismo, arrojado, competitivo) y extrovertido (buscando ser el centro de atención, con habilidades sociales y un uso de estas similares a las de los alumnos acosadores), con rasgos secundarios de carácter dominante e impulsivo (Immelman, 2017).

Una buena base de los electorados estadounidense, ruso o catalán, por poner algunos ejemplos, tienen la percepción de ser grupos sociales vulnerables, es decir, que pueden ser y son victimizados. La sensación de amenaza colectiva detecta diferentes tipos de enemigos, materializados normalmente en otras colectividades –mexicanos, ucranianos, españoles–. Con ello, corremos el riesgo de que se reactiven los viejos mecanismos de exclusión colectiva que fueron usados por los gobernantes occidentales de siglos pasados para luchar contra el miedo, y a los que se aludió al principio.

La objetividad de esa amenaza parece incomparable con las que se han dado en contextos internacionales de los siglos pasados y en los que eran evidentes los indicadores de autoritarismo que limitan la libertad de los ciudadanos. En ese caso, una hipótesis factible es que la percepción subjetiva del peligro es en realidad una excusa «políticamente aceptable» de una amenaza mucho más profunda y real, cual es la sensación de inseguridad vital, multidimensional, que sufren las clases medias. Las bases electorales de los neopopulismos de derecha y de izquierda parecen avalar el pronóstico deducido por algunos de los humanistas más intuitivos del pasado reciente, como Erich Fromm, para las democracias modernas (2008: 380). Todo parece indicar, en efecto, que el *miedo a la libertad* de los modernos sigue activo. El individualismo parece haber quedado relegado a un burdo y poco humanitario egoísmo, despojándose del sentido de la autonomía que exigen el pensamiento meditativo y la capacidad de distanciamiento que exige la reflexión crítica. De ahí que se publiquen ensayos que pretenden revalorizar la importancia y función de los valores modernos. «Más que nunca –escribe Steven Pinker para justificar un ensayo titulado *En defensa de la Ilustración*– los ideales de la ciencia, la razón, y el humanismo y el progreso necesitan una defensa incondicional» (2018: 24). Pues existe el peligro de que las nuevas generaciones los den por hechos, como una herencia cultural arraigada, cuando en realidad son conquistas arduamente consolidadas pero frágiles.

Buena parte de la ciudadanía parece renegar de toda responsabilidad individual. Prefiere alojar las fuentes de sus inseguridades en los otros, y confiar en mayorías, manipuladas o espontáneas, amparadas en cualquier caso, como advertía Gustav Le Bon, «en la idea, psicológicamente errónea pero generalmente admitida, de que muchos hombres reunidos son más capaces que un reducido número de ellos de adoptar una decisión sabia e independiente acerca de un determinado asunto» (1986:136). Así pues, junto a las salidas del conformismo

y el autoritarismo, observados hace décadas por Fromm, habría que añadir la ensayada por algunos movimientos amparados en la denominada democracia radical. En principio, las protestas sociales en las que se inspiran algunas de las formaciones políticas, como el Movimiento Cinco Estrellas en Italia, o Podemos en España, podrían interpretarse como una alternativa a la vía de la conformidad de la ciudadanía moderna sumida en el consumismo. Sin embargo, una observación más detenida señala algunas similitudes con la opción igualmente radical y populista de los partidos de ultraderecha, seguramente debido al triunfo de los sectores más radicales en la conformación de los nuevos aparatos. En tal sentido podría mencionarse el uso del maniqueísmo –los demás políticos son «casta», representantes de una clase corrupta–, el uso de la demagogia– la interpretación parcial e interesada de los datos objetivos de los problemas sociales–, o la agresividad en la comunicación y el centralismo cibercrático. (Elorza, 2014; Rodríguez y de Prat, 2015: 63)

CONCLUSIÓN

El pesimismo grupal, en su dimensión política, puede empujar a las ciudadanías fragilizadas, en un contexto de desafección, corrupción y cansancio democrático, a la búsqueda de salidas comunitarias en las que se ponen en riesgo la libertad y la racionalidad como criterios que deben regir las relaciones sociales. La reactivación del mito político del nacionalismo, en sus versiones neopopulistas tardomodernas, implica el recurso del chivo expiatorio, con el consiguiente riesgo de involución en la curva de pacificación desarrollada por la época moderna.

La reflexión sobre el pesimismo como problema social pone de manifiesto la complejidad del fenómeno. Dado que las fuentes que alimentan ese fuego son varias, no existe tampoco una única forma de reducirlo. En realidad, la melancolía y la tristeza, asociadas a un pesimismo leve y a una actividad meditativa, cumplen un papel importante en la regulación de la vida sentimental y social y en las relaciones de convivencia de los seres humanos, como neutralizantes de la acción compulsiva y predatoria. Sin embargo, un nivel excesivo de pesimismo tiene efectos potencialmente negativos tanto en el campo individual como en el social. En el primer caso, lleva al malestar depresivo. En el segundo, a la violencia y dominación que acaban con la libertad.

Los intelectuales que actúan como tales tienen la responsabilidad moral de equilibrar sus interpretaciones con datos empíricos que maten el color del mundo en que vivimos, sin caer en la tentación de pintarlo de negro tendenciosamente. Esa misma actitud de sensatez y equilibrio deberían tener los bloguistas, tuiteros, y, en general, los ciudadanos y ciudadanas que expresan en las redes su opinión sobre las obras de los demás. La educación, por su parte, debería insistir menos en los componentes de competencia que llevan a la frustración

que alimenta el pesimismo y más en los valores de honestidad y solidaridad. Urge, sobre todo, que la educación formal y no formal se basen en el placer de aprender y enseñen a descubrir el placer en sus múltiples dimensiones, especialmente en la de las artes. Desgraciadamente, asistimos a la reducción de horas de música y a la desaparición de la filosofía de los planes de estudios, sin contar con la tradicional ausencia del teatro o la danza. Una escuela que busque un equilibrio entre el conocimiento y la felicidad es la única garantía de limitar el pesimismo reduciéndolo a su punto justo, ese en que deja de convertirse en una amenaza seria para una sociedad cada vez más vulnerable. Una educación basada en los valores de la honestidad y la solidaridad es la única vacuna real para las culturas de la corrupción y la inseguridad que nos instalan en un estado de decepción constante.

BIBLIOGRAFÍA

- N. AUBERT y Vincent de GAULEJAC: *El coste de la excelencia*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Charles E. BIDWELL, Noah FRIEDKIN y E. FRIEDKIN: «Sociology of Education», en Neil, J. Smelser (ed.), *Handbook of Sociology*, Beverly Hills, Sorge, 1988.
- Zygmunt BAUMAN: *Intimations of Postmodernity*, Londres, Routledge, 1992a.
- *Libertad*, Madrid, Alianza Editorial, 1992b.
- *Alone again, Ethics after Certainty*, Londres, Demos, 1994.
- *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE, 2004.
- *Daños colaterales*, México, FCE, 2011.
- Marshall BERMAN: *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Madrid, Siglo XXI, 1988.
- Norbert BILBENY: *Justicia compasiva. La justicia como cuidado de la existencia*, Madrid, Tecnos, 2015.
- Julio CARABAÑA: *Ricos y pobres*, Madrid, Catarata, 2016.
- José Luis CORRAL: *La corona de Aragón: manipulación, mito e historia*, Zaragoza, Doce Robles, 2014.
- Jean DELEMEAUX: *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus, 1989.
- Carlos DURÁN: «Neopopulismo. La imposibilidad del nombre», en Julio AIBAR: *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*, México, FLACSO, 2007.
- Norbert ELIAS: *El proceso de civilización*, México, FCE, 1993.
- Fernando ESCALANTE: *Breve historia del neoliberalismo*, México, Colmex, 2015.
- Michael FOUCAULT: *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-Textos, 1988.
- Eric FROMM: *El miedo a la libertad*, Barcelona, Paidós, 2008.
- David GARLAND: *La cultura del control*, Barcelona, Gedisa, 2005.

- Vincent GAULEJAC y Fernando de IZAGUIRRE: «Sociología clínica y emancipación del sujeto», en Estramiana, José Luis Álvaro (ed.), *La interacción social*, Madrid, CIS, 2018.
- Anthony GIDDENS: *Un mundo desbocado*, Madrid, Taurus, 2000.
- Fernando GIL VILLA: *La sociedad vulnerable*, Madrid, Tecnos, 2016.
- Antonio GRAMSCI: *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, Turín, Giulio Einaudi Editore, 1966.
- Yuval HARARI: *Homo Deus*, Barcelona, Debate, 2017.
- Martin HEIDEGGER: *Serenidad*, Barcelona, El Serbal, 2002.
- Aubrey IMMELMAN: «The Leadership Style of U.S. President Donald J. Trump». (Working Paper) (2017). <https://digitalcommons.csbsju.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1109&context=psychology_pubs>.
- Aubrey IMMELMAN & Joseph V. TRENZELUK: «The political personality of Russian Federation president Vladimir Putin» (Working Paper) (2017). <http://digitalcommons.csbsju.edu/psychology_pubs/104/> (doi: 10.13140/RG.2.2.25289.75369).
- Ronald INGLEHART: *El cambio social en las sociedades avanzadas*, Madrid, CIS, 1992.
- «The Age of Insecurity. Can Democracy Save Itself?», En *Foreign Affairs*, mayo-junio (2018).
- Daniel INNERATY: *La política en tiempos de indignación*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015.
- Mike MAGUIRE y Susan McVIE: «Crime Data and Criminal Statistics: A Critical Reflection», en Liebling, Alison, Shadd Marura y Lesley McAra, *The Oxford Handbook of Criminology*, Oxford, O.U.P., 2017.
- Rafael NÚÑEZ FLORENCIO: *El peso del pesimismo*, Madrid, Marcial Pons, 2010.
- Ludolfo PARAMIO y Cecilia Güemes: «La montaña rusa de las clases medias», *Sistema*, (2016), pp. 242-243.
- Steven PINKER: *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus Implicaciones*, Barcelona, Paidós, 2012.
- *En defensa de la Ilustración*, Barcelona, Paidós, 2018.
- Guillem RICO: *Líderes políticos, opinión pública y comportamiento electoral*, Madrid, CIS, 2009.
- Jorge RIECHMANN: *Autoconstrucción*, Madrid, Libros de la Catarata, 2015.
- Raúl RODRÍGUEZ y Juan MORA (eds.): *Los linchamientos*, México, UAM/Eón, 2006.
- Hans ROSLING: *Factfulness*, Londres, Hodder & Stoughton, 2018.
- George SIMMEL: *Sobre el pesimismo*, Madrid, Sequitur, 2017.
- William I. THOMAS y Doroty S. THOMAS: *The child in America. Behaviour Problems and Programs*, Nueva York, A. A. Knopf, 1928.

M. TWENGE *et. al.*: «Increases in Depressive Symptoms, Suicide-Related Outcomes, and Suicide Rates Among U.S. Adolescents After 2010 and Links to Increased New Media Screen Time», en *Clinical Psychological Science*, vol. 6 (1) (2018), pp. 3-17.

Fernando VALLESPÍN y Máriam MARTÍNEZ: *Populismos*, Madrid, Alianza, 2017.

Juan ZARACO: «Estudio introductorio», en Thomas, William I., y Florian Znaniecki, *El campesino polaco en Europa y América*, Madrid, CIS, 2006.

.....
FERNANDO GIL VILLA es catedrático de Sociología. A resultas de una estancia de investigación en el sur de Inglaterra con Keith Tester y Zigmunt Bauman escribió «Individualismo y cultura moral», publicado por el CIS en el año 2001, donde expresa ya su preocupación por el tema desarrollado en este artículo, algo que continúa en libros como «La cultura de la corrupción» (2008), «Nihilistas. La ilusión de vivir sin ilusiones» (2009), «La sociedad vulnerable» (2016), o «Estar bien» (2018).